

VIII.

ANTONIO.

¿De dónde vienes, Níger?

NIGER.

Vengo de Atenas.

ANTONIO.

¿Cómo te has dejado las riberas de Grecia por estas riberas?

NIGER.

Me ha obligado el deber.

ANTONIO.

¿A quién buscas?

NIGER.

Busco á Antonio.

ANTONIO.

Aquí me tienes.

NIGER.

Francamente, al verte en ese traje; al ver la palidez de tus mejillas, el morado círculo que rodea tus ojos, la lívida color de tus labios, la debilidad de todo tu cuerpo, nadie diría que eres Antonio.

ANTONIO.

¿No es verdad que en vez de parecerme á Hércules me voy pareciendo á Octavio? Casi, casi me creo digno del puesto que acepté con resignación, y que guardo con avaricia; el de alzarme á su lado en esta división del mundo, en que él y yo hemos arrojado reinos como quien arroja dados sobre un tablero, y nos hemos repartido provincias, como quien se reparte los despojos de una víctima después del sacrificio.

NIGER.

Dejémonos de bromear y vamos al objeto de mi mensaje.

ANTONIO.

Habla.

NIGER.

¿Te acuerdas de que tienes una mujer?

ANTONIO.

Ya sabes que me casé por razones políticas y que las razones políticas no suelen ser alimento nutritivo para el amor.

NIGER.

¡Oh! El mundo entero te arguye de cruel por tu proceder con la casta matrona, digna imagen de nuestra diosa Roma.

ANTONIO.

Si fueras capaz de sentir todos los placeres que yo he sentido en esta noche última, com-

prenderías cómo Antonio ya no puede ser en el mundo de otra mujer que de Cleópatra.

NIGER.

Antonio, algun dios, enemigo tuyo y enemigo de Roma, te ha cegado para que no encuentres en una casta romana, los goces que encuentras en una bárbara extranjera.

ANTONIO.

¿Extranjera? No lo sería en el Olimpo. Los dioses la pondrían en uno de sus tronos inmortales, y las estrellas en una de sus inmortales constelaciones.

NIGER.

¡Hipérboles de sátrapa! Ya se conoce que cuando estuvistes en Atenas solo practicastes la elocuencia asiática.

ANTONIO.

César se enamoró de Cleopatra.

NIGER.

Pero no se echó á sus plantas como un esclavo.

ANTONIO.

Imposible apartarse del fuego de sus ojos. ¡Qué frío! Más fácilmente apartarías esta nuestra tierra de la lumbre del sol.

NIGER.

¿Cómo te has apartado siempre de todos los enemigos de Roma?

ANTONIO.

¿Tú la crees enemiga de Roma?

NIGER.

Implacable.

ANTONIO.

Niger, estás loco.

NIGER.

Por más temible la tengo que al mismo Annibal.

ANTONIO.

Ja, ja, ja. (*Suelta grandes carcajadas*).

NIGER.

Annibal se valia de la fuerza y Cleópatra de la seducción. Annibal daba con la Roma de Escipion; Cleópatra da con la Roma de Antonio.

ANTONIO.

Niger, abusas de tu lengua y de mi afecto. Acabemos; dime qué quieres.

NIGER.

Vengo en nombre de Octavia.

ANTONIO.

Cómo me molesta ese nombre.

NIGER.

Octavia cree que es inmensa su grandeza como mujer de uno de los dueños del mundo, y hermana del otro. Cree que debe conservar la amistad de su hermano Octavio, el dueño de Occidente, con su marido Antonio, el dueño de Oriente. Con tal de verte, con tal de estar á tu lado, aunque injuriada en sus derechos de esposa por una manceba, te serviría Octavia de rodillas y serviría á Cleópatra, siquier cada palabra vuestra fuese una puñalada, y cada reflejo de vuestros ojos un rayo. Pero no puede contener la irritacion de Roma, la ira de los romanos. Viene pues en alas de su amor desde Italia á Grecia, y pasaria de Grecia á este campamento al eco de una sola palabra. Teme en su amor que la cólera de Roma te abraza, y lo teme por ti, no por ella, á quien nadie podria quitar en la ciudad los derechos de hija adoptiva de César, hermana de Octavio, y esposa de Antonio. Pero me ha dicho que preferia que tú fueses viudo de ella á ser ella viuda de tí; y cree que continuando en tu pasion ciega visitará tu sepultura muy pronto y te ofrecerá las fúnebres libaciones. Hoy te trae ricos presentes, mucho oro, vestiduras para los soldados, un cuerpo de dos

mil hombres que te sirvan de guardia personal. Todas sus riquezas las ha gastado en tu provecho, y esta carta te mostrará su afecto.

ANTONIO.

Pues mira, una sola respuesta debo dar á tu discurso; que me envíe los presentes y que se vuelva á Roma.

NIGER.

¿Y desoyes el postrer ruego de tu esposa?

ANTONIO.

Lo desoigo.

NIGER.

¿Y te quedas en brazos de Cleópatra?

ANTONIO.

Me quedo.

NIGER.

¿Y te declaras esclavo de esa reina de Oriente?

ANTONIO.

Me declaro esclavo.

NIGER.

Tiembla.

ANTONIO.

¿Ante quién? ¿Ante una mujer como Octavia?
¿Ante un hombre como su hermano?

NIGER.

Ante la cólera de Roma que te anuncio en
nombre de los dioses del Capitolio.

IX.

ANTONIO (*solo*).

¡Mujer divina! Yo, despues de la batalla de Filipos queria esclavizarla, y ella me esclavizó á mí. Reina, habia auxiliado á los republicanos; amante de César, á los asesinos de César. ¿Quién hubiera podido entonces contener mi furor? Yo dudaba entre conducirla á Roma en mis trofeos como cantora, para enaltecer más el valor de mis triunfos, ó degollarla como víctima en las aras santas, para tener siempre á los dioses propicios. Más ¿quién podrá resistirse á semejante aparicion? Parece que todavía la veo. Bajaba por las aguas del Cidno en navío, cuya popa era de oro macizo, las velas de púrpura de Tiro, los remos de plata, remos que se movian al compás de las flautas concertadas con las cadencias de los pastores caramillos y los arpegios de las voluptuosas

liras. Coros de voces molodiosísimas agitaban el aire; nubes de embriagadoras esencias lo henchian de muelles placeres; grupos de niños rosados como amorcillos, se destacaban sobre las telas purpúreas; ninfas ornadas de perlas y alhajas, vestidas de gasas como las neréidas de los arroyos ó como las neréidas de las olas, se inclinaban sobre el timon de oro, sobre las cuerdas de seda, sobre los pebeteros de ámbar; y bajo ancho dosel de tisú y en deslumbradora concha de nácar, venía la mujer, la reina, la sirena, la diosa, con tanto esplendor y belleza tanta que los pueblos de las orillas, arrobados por el son de las músicas, y casi enloquecidos por el aroma de las llamas, veían en ella á una Vénus, surgiendo nuevamente para gozo de los mortales, entre las blancas espumas, con la promesa de rejuvenecer por medio de su embriagadora alegría nuestras cansadas vidas, y de trasformar por nuevos y no gastados amores nuestro viejo mundo. Estaba yo en mi tribunal dando audiencia, y todo el pueblo corrió á verla, hasta el punto de que volví los ojos y me encontré completamente solo. Invítela á venir á mi vivienda, y ella me invitó á ir á la suya. Me presté á su llamamiento, y aún no he salido de mi asombro, cuando al llegar la noche,

ví luminarias de colores y matices vivísimos, de dibujos tan fantásticos, que ningun horizonte, ningun pedazo de cielo podria compararse á su hermosura. La convidé, y vino á mi alojamiento; la hablé á lo soldado y á lo soldado me habló, sobrepujándome en grosería; elevé mi palabra hasta las alturas de la elocuencia asiática, y su palabra se elevó más alto que la mia; bebí, y bebió más ella; comí y ella comió como yo; empleé mis fuerzas en ejercicios gimnásticos, y me venció en vigor y en agilidad; y al ver aquel prodigio, no me sentí ya en mi mismo, y me declaré su esclavo. Desde entonces, cada una de sus miradas me enardece y me arrebatá. Sus lábios son como volcan de amores; su aliento se derrama por mis venas y las abrasa; sus palabras se parecen á dardos invisibles que se clavan en mi corazon y le hinchan de mortal veneno. Cuando la tengo entre mis brazos, parece que tengo á todas las mujeres juntas, porque cada una de sus caricias no se asemeja á la otra, renovando los placeres como si tuviera mil formas su sér, y palpitará la vida universal en su amoroso seno.

X.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Cleopatra.

CLEOPATRA.

¿Estás solo?

ANTONIO.

Yo nunca estoy solo.

CLEOPATRA.

¿Cómo?

ANTONIO.

Siempre estoy contigo.

CLEOPATRA.

Y yo venia á decirte, á rogarte que te apartaras de mi lado.

ANTONIO.

Más fácil me sería apartarme de mí mismo.

CLEOPATRA.

Acabas de recibir un mensajero.

ANTONIO.

¿Cómo lo sabes?

CLEOPATRA.

Yo evoco lo pasado, lo presente, lo porvenir. Yo lo sé todo.

ANTONIO.

Entonces tambien sabrás mi respuesta.

CLEOPATRA.

La sé.

ANTONIO.

¿Y no te ha satisfecho?

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Si un mensajero, aunque viniese de parte de los dioses, me conjurara á dejarte, ¿crees que se iría con vida de mi presencia? La cabeza capaz de concebir ese pensamiento rodaría á mis plantas, segándola yo misma con mi hoz de sacerdotisa.

ANTONIO.

Cleopatra, me aterras.

CLEOPATRA.

Mira, en esos breves instantes he sufrido como si hubiera bajado por toda una eternidad al orco.

ANTONIO.

Serénate.

CLEOPATRA.

Mis pupilas se han terriblemente encendido como si fueran carbones ardientes. Mis párpados se han amaratado como violetas. Sobre mis pestañas pesan nubes de lágrimas como las que se agarran á las cimas de los montes. He resuelto que no vuelva el vino á enardecer mi sangre, ni el alimento á sostener mis fuerzas, ni la alegría á sonreír en mis labios.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra mia.

CLEOPATRA.

Ya que has oído en paz al mensajero de tu esposa, véte con ella y déjame á mi sola.

ANTONIO.

¡Irme! Ni las amenazas de los rayos de Júpiter podrían moverme á dejarte, ni la fuerza de los vientos de Eolo podrían desarraigarme de tu lado.

CLEOPATRA.

Y si Roma te lo manda..?

ANTONIO (*balbuciente*).

Roma... Roma...

CLEOPATRA.

Responde.

ANTONIO.

Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿No respondes?

ANTONIO.

¡Oh!

CLEOPATRA.

La sombra de Coriolano surge á tus ojos.

ANTONIO.

Terrible evocacion.

CLEOPATRA.

Los nombres de los grandes romanos vagan por tus oidos.

ANTONIO.

Es verdad. Me parece que los veo levantarse de las cenizas del Foro y subir, mirándome siniestramente, á las cimas del Capitolio.

CLEOPATRA.

¿Lo ves?

ANTONIO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

¿Ves cuántos motivos tengo para creerme desgraciada? Amas mucho más á Roma que á Cleopatra. Maldicion mil veces!

XI.

CLEOPATRA.

¿Está todo preparado? Charmion.

CHARMION.

Todo, como lo ordenaste, señora mia.

CLEOPATRA.

¿Has puesto en su sitio cada símbolo?

CHARMION.

No he olvidado nada. Ya sabes cuán diligente es tu esclava. He consultado al sacerdote y he leído los libros mortuorios. Por consiguiente he colocado con exactitud las imágenes de los anima-

les simbólicos. El macho cabrío representa la lujuria, el cocodrilo de anchas fauces la gula, y la tortuga de grande pesadez la pereza. A un lado está Anubis con su cabeza de chacal y á otro lado Horos con su cabeza de gavilan. Thot tiene una mano sobre los procesos de los muertos y otra sobre la balanza de los últimos juicios. Tambien está el milano que representa la fuerza de la naturaleza, el pez que representa el ódio, y el hipopótamo que representa el mal ó la injusticia. Ahí ves el escarabajo, imágen del dios Ptah que hace y rueda los mundos como el escarabajo las pelotas de barro y escrementos. Mira allá mucho más lejos el Fenix, hijo de Ra, que viene cada quinientos años del seno de la aurora para arrojarse en las llamas del sacrificio, consumirse, volverse un monton de frias cenizas y renacer luego en perpétua juventud, como muere y renace nuestra especie.

CLEOPATRA.

Yo os evocaré, dioses de la Naturaleza, yo os evocaré á todos para salvarnos. El Oriente ha sido la cuna del sol y la cuna de las religiones. En sus bordes se ha dibujado el primer crepúsculo

de la primer mañana del mundo, y el primer crepúsculo de la primera mañana del espíritu. Todos los dioses llevan una corona oriental en sus sienes, y todos necesitan para ser sagrados recibir en sus lábios el beso creador de su eterna nodriza, el Asia. Por eso nuestros dioses son misteriosos como el crepúsculo, y nuestros templos duraderos como la eternidad, y nuestros sepulcros de igual solidez que la tierra. El mundo se pierde, la necesaria gerarquía de sus castas se acaba; el centro de la autoridad se rompe; los dioses se van; los templos se arruinan y hasta los sepulcros, si esas razas de Occidente realizan sus ensueños de dominacion que creen ya incontestable omnipotencia. Pero yo me he atravesado en su camino. Yo he ganado al más fuerte entre sus hijos y lo he uncido á mi carro. ¡Oh, rayos de la luna, que traeis en vuestros melancólicos resplandores el alma de Osiris! ¡Oh, vapores del Nilo, que llevais disuelta en vuestras nieblas el espíritu de Asia! ayudadme con vuestros filtros, con vuestros sortilegios; os conjuro á ello, ayudadme con todo vuestro poder y toda vuestra fuerza enérgicamente á convertir los trofeos de los romanos en escobas que limpien vuestros templos. Y entonces esa angustia que se ha apoderado de los dioses del Uni-

verso cesará. Esas amenazas de destronarlos y vencerlos se desvanecerán. La Naturaleza volverá á su pristina alegría y los fantasmas de los dioses del espíritu, sombras del orgullo humano, irán á perderse en el caos. Por vosotros, dioses, por vosotros peleo contra todas las fuerzas de Occidente, contra todas las victorias de Roma. Vosotros, en cambio, el día que prevalezcan mis intentos y consiga mi anhelado triunfo, debeis alzar para mi satisfaccion y vuestra defensa sobre la tribuna de los Rostros, sobre las piedras del Capitolio, sobre la Via-Sacra de los vencedores, la córte y el trono de Cleopatra.

XII.

UN SOLDADO (*en el pórtico de un templo*).

No conozco á Antonio. Era Marte y se ha convertido en Vénus. Era el primero de los romanos y ahora aparece como el último de los mancebos. Sus manos, que podian mantener por si solas el cetro de Roma y la espada de su ejército, ahora apenas pueden soportar el pomo de esencias que embriaga á Cleopatra. El que tronaba como un dios en las batallas, debe danzar como una gaditana en las orgías. El rey de Oriente sólo merecerá ser de hoy en adelante rey de los festines.

UN EUNUCO.

Repórtate, soldado.

EL SOLDADO.

¿Qué me reporte? De nadie he aprendido á ha-